

A black and white photograph of an elderly man with glasses, Jorge Ariel Madrazo, speaking into a microphone. He is wearing a dark jacket over a light-colored button-down shirt. The background shows a bookshelf filled with books and a window with blinds. The text "Imagen de Jorge Ariel Madrazo" is overlaid in white on the lower left of the image.

Imagen de Jorge Ariel Madrazo

Audomaro Hidalgo

CONOCÍ A JORGE ARIEL MADRAZO (1931 - 2016) EN VILLAHERMOSA, en las jornadas del Encuentro Iberoamericano de Poesía “Carlos Pellicer”. Su nombre se me había aparecido en aquel tiempo de estudiante, sabía que era un poeta argentino nacido y radicado en Buenos Aires y que había vivido en Caracas. Cuando al fin lo traté comprobé rápidamente que Jorge Ariel era una persona abierta al diálogo, vital. Quizá la palabra que mejor defina su ser es empatía, en el primer sentido de esta palabra: Jorge fue siempre una persona apasionada, su pasión no era beligerante, siempre ligero de carácter, sabía reírse de los otros y sobre todo de sí mismo. La bondad era otro rasgo suyo.

Jorge Ariel Madrazo vivió el exilio en Venezuela a causa de la dictadura de Rafael Videla. En Caracas practicó el periodismo. En Argentina había publicado ya su primer poemario, *Orden del día* (1966). De regreso a su patria siguió escribiendo y publicando poesía, además de un volumen de cuentos, *Ventana con Ornella* (1992), la novela *Gardel se fue a la guerra* (2011), unos *Quarks* (2011), ensayos, décimas, crónicas periodísticas y también tradujo a algunos escritores y poetas: Jack London, Mateja Matevsky e Itzet Zarajlic.

Sin embargo, Jorge Ariel Madrazo fue sobre todo un poeta. La poesía para él era un juego muy serio. Su poesía es inmediata, en el sentido que hace de lo cotidiano una exploración y en ello encuentra su porción de belleza constante y de revelación. Madrazo poseía una mirada sensual que impregna toda su obra, desde su poesía hasta sus narraciones. En el centro de su poesía late la estrella que lo guía: la mujer. Y al lado de ella está la inevitable y certera fatalidad: “la párvula”, lo que para nosotros los mexicanos es “la catrina”, pero para todos los hombres es la muerte. Los giros y las expresiones lingüísticas propias del “idioma de los argentinos” recorren de principio a fin su obra, saltan a la vista, en el caso de la poesía tal vez esta sea una de sus limitaciones. En *Ayer decías mañana* (2012) su frase se vuelve más compleja que en sus libros anteriores, tiende a ser más que una línea, una espiral con cortes aparentemente arbitrarios en el ritmo, así el verso es intrincado, se extiende y se dilata gracias a la alteración cotidiana de la oración y a la conjugación de diversos tiempos verbales, para caer, después de idas y venidas, en una imagen suave como un golpe que nos recuerda la vida:

No pensarás: “estoy mirando
la festoneada malva
el deseo voraz
de algún ácaro malvácea real
esparcida en riveras del Tigris
que crece en cementerios y en
caminos
vellosa malva igual a la vida
si se lo piensa con detenimiento”.
Sólo miras una hierba una
malva
y el tiempo (brusco)
te despena.

De vos (2da. edición 2012) es un poema largo escrito a la muerte de la esposa, atravesado por momentos de honda poesía: testamento lírico templado, más que desgarrado, lo que hay es una sabia y asumida conciencia del dolor, necesaria para ser trascendida no sin resignación, en la que el lenguaje se muestra inservible porque no es capaz de asir la presencia frente a la certeza última que tenemos los hombres:

Esta yerma construcción verbal carente
del tu cuerpo que alzóse un
día en altiva
saga de amor

Pero precisamente porque las palabras no pueden convocar la presencia amada, ésta permanece en un mismo estado físico en el corazón del amante gracias a la acción benigna de la muerte, que nos exilia del tiempo común y que a todos desgasta:

Siempre serás joven
yo envejeceré
Agrio en tus labios
busco lo que no es
(...)
te reís de este viejo
que anda a los traspiés

Lo mismo sucede en un poema de *Ayer decías mañana*, donde aparecen, como en Paul Eluard, “los actores de un *film* mudo”:

Anoche visité amigos muertos (...)
Los descubrí trajeados y alegres, tanto
que me hallé confesando:
—No hubiera jamás creído
Edgard, Francisco, Antonio, jamás pensé
Gianni, Joaquín, Enrique (...)
hallarlos tan contentos como si
fuese un suspiro vuestro transcurrir.

Conversamos sobre bares y dragones
y amores frutecidos
en sórdidos hoteles y en parques con dedos
de niebla.

Los nombres que menciona el poeta Madrazo en este poema son los de sus amigos Edgard Bayley, Francisco Madariaga, Antonio Aliberti, Gianni Siccard, Joaquín Giannuzzi y Enrique Molina.

Después de casi diez años de haber regresado a México, en agosto de 2013 volví a Sudamérica. Había sido invitado para participar en un encuentro de escritores en Concepción, Chile, así que aproveché la cercanía para volar a Argentina. Antes de hacerlo estuve en comunicación con Jorge Ariel, quien sin pensarlo dos veces me ofreció su casa. Nunca olvidaré ese gesto. Jorge Ariel Madrazo me hospedó durante una semana en su departamento de Buenos Aires. Vivía solo.

Una noche nos quedamos hablando hasta tarde en su estudio. En medio de la charla, Jorge Ariel ordenaba los papeles de su escritorio. Sin quererlo, se topó con unos documentos y unas cartas. Una era de Severo Sarduy, quien se la había enviado desde París; la otra, la que atrapó de inmediato mi atención, era de Olga Orozco, en la que recomendaba a Madrazo para una beca artística. Pero el documento central de esa noche, el papel que Jorge Ariel había olvidado que tenía consigo, la hoja que había permanecido no sé cuánto tiempo entre sus carpetas, cuadernos, archivos y apuntes, era un poema escrito a máquina, inédito, firmado por un tal Enrique “El incierto”. Jorge no fue indiferente ante tal hecho, se emocionó (aún recuerdo su rostro lleno de alegría y sorpresa) y me leyó el poema. El lenguaje, quiero decir las imágenes y el impulso lírico me eran familiares. Acabada la lectura me arriesgué:

—Me suena ese tono —dije—, me suena mucho a Enrique Molina.

—Evidentemente —finalizó Jorge Ariel.

No recuerdo si fue unos días antes o después pero un día le mostré al poeta Madrazo el engargolado de mi libro *Dos de copas*. Jorge Ariel leía con calma cada hoja, hasta que se detuvo y centró su atención en un poema. Yo lo miraba de reojo porque en el fondo sabía por qué se había detenido allí. Después de un largo rato de su lectura en silencio, me miró y me dijo señalando con

su mano el poema: “pero esto es Enrique Molina”. Jorge Ariel Madrazo dio en el blanco, o mejor dicho lo *escuchó* perfectamente. Esto nos llevó a hablar sobre la vida y la obra del autor de *Amantes antípodas*. Comentamos sobre todo un poema suyo que figura en muchas antologías: “Alta marea”. Verso a verso, imagen tras imagen, Jorge Ariel me daba su impresión acerca de ese intenso poema. “Para escribir así a esa edad —Molina tenía sesenta años cuando lo escribió— se necesita conservar el impulso vital y tener una juventud de espíritu”, esas fueron las palabras exactas de Madrazo. Por mi parte, siempre he creído que Enrique Molina es el menos argentino de los poetas argentinos, es más bien un poeta “del trópico innombrable” como lo podría calificar este verso de Jorge Ariel. A pesar de ello, existe un ligero parentesco entre Enrique Molina y Jorge Ariel Madrazo, apenas los acerca y los distancia irremediabilmente. Ambos poseen una intuición metafísica de lo inmediato: las cosas y los objetos son portadores de una relevación latente, casi sagrada. Así, Enrique Molina dice en un poema que significativamente se llama “La felicidad sin testigos”: “Preparo mi alimento/ la mesa indolente cambia de forma a la intemperie/ toma la apariencia de una mujer”; mientras que Jorge Ariel Madrazo, con igual mirada pero con distinto espíritu, confiesa: “Deseo aquí alabar los dioses cotidianos:/ la sartén donde abjura la cebolla/ su nácar chantaje lagrimal/ la comptera de niñez que/ torna a caer y el suelo afelpa/con un subversivo dulzor”. Estas similitudes no logran sino distanciarlos: la raíz de la poesía de Molina es el deseo; en Madrazo el eje rector es la muerte, pero en ambos aparece el sol central de la mujer. La diferencia esencial entre ambos poetas es la actitud asumida frente al lenguaje: Molina, en sus cuatro primeros títulos, pero sobre todo en sus libros tercero y cuarto, explota y explora la vertiente surrealista de su espíritu por medio de imágenes opulentas que acontecen como en un paisaje entre onírico y real pues esa “enferma sentada bajo la luz del plátano/ Cubierta de yeso y de magnolias sombrías sobre su alto trono de tortura que ha labrado el fracaso/ Pero más bella que toda primavera y que toda victoria sobre el mundo”, cuyas raíces están en el linaje de la mejor poesía francesa, de Baudelaire al surrealismo, me hace pensar en un poeta más de la emoción que del pensamiento; Madrazo permanece fiel de principio a fin a su Historia inmediata, por eso su lenguaje es profundamente argentino, su poesía está llena de giros lingüísticos propios del habla de aquel país, además de la utilización excesiva de diminutivos y la creación de neologismos, rasgos que Madrazo no se preocupa en ocultar sino hace de ellos un recurso estilístico.

En una entrevista le preguntaron a Enrique Molina cuál de los caminos abiertos por Baudelaire y Mallarmé elegiría: “Evidentemente elijo el del primero”, respondió. Supongo que la respuesta de Jorge Ariel Madrazo habría sido la misma. Ambos, Enrique Molina y Jorge Ariel Madrazo, fueron poetas con igual temperamento y el mismo impulso vital, seducidos y atraídos por la estrella de la pasión que guiaba su horizonte poético. Esto los hermana, pero también —como dije—, por la visión de Molina y por la idea que Madrazo tenía de la literatura, los aleja irremediabilmente:

“Hasta un paraje donde puedas gozar de un espacio abierto: allí donde no lleguen, nunca más, los poéticos aplausos de la jauría”. 